

UNA NUEVA PREHISTORIA DE AMÉRICA

MENGHIN, Oswald: *Vorgeschichte Amerikas*. En *Abriss der Vorgeschichte* (obra que integra la serie "Oldenbourgs Abriss der Weltgeschichte"), pp. 162-211. Edit. R. Oldenbourg, Munich, 1957.

Formando parte de una obra alemana de síntesis prehistórica mundial, en cuya redacción colaboraron varios destacados especialistas (Asia Occidental, Norte de Africa y Europa, por Karl J. Narr, Africa al sur del Sahara, por Willy Schultz-Weidner, India, Indonesia, y Australia, por C. con Führer-Haimendorf, Asia Sudoriental, por Anthony Christie, China y Japón, por Max Loehr, y Asia interior, por Karl Jettmar), ha aparecido una nueva Prehistoria de América que tiene por autor a quien se ha constituido sin duda en el mejor conocedor de dicho tema en su conjunto. Es pues probable que la misma no llegue a ser muy conocida entre los estudiosos del medio hispano-americano, por lo que procederemos a resumirla en sus principales líneas. Ello se justifica además, no sólo por la cantidad de estudios y descubrimientos hechos en los últimos años, sino por la originalidad de su concepción frente a las posiciones de quienes anteriormente intentaron el magno esfuerzo de sintetizar orgánicamente el fascinante tema (principalmente Pericot, Martínez del Río y Canals Frau).

La obra abarca en sus 50 páginas —impresas en tipo pequeño y a doble columna— los períodos precerámicos y cerámicos, sin incluir las Altas Culturas (que son tratadas por Hans-Dietrich Disselhoff en otro tomo de la serie "Oldenbourgs Abriss der Weltgeschichte", aparecido en 1953). A primera vista, no aparece aquí el amplio esquema de las culturas precerámicas del Viejo Mundo adoptado en su *Weltgeschichte der Steinzeit*. En realidad, Menghin se adapta al peculiar carácter de la evolución cultural del Nuevo Mundo, creando nombres propios para los grandes grupos hasta hoy identificados, en cuanto ramas laterales y de adaptación y desarrollo propio de culturas enraizadas en el Viejo Mundo. La certera mirada universal —hecha posible por su gran experiencia y erudición—, característica de todos los trabajos del autor, se pone aquí al servicio de la más antigua historia de América, constituyendo la base firme para la adhesión a las ideas que desde Rivet combaten al "monroísmo arqueológico", proclaman la vinculación y dependencia de América con el Asia y Austronesia. Dicha posición antihistórica ha perdido hoy toda validez, "por los nuevos hallazgos procedentes del tiempo Glacial y el redescubrimiento de antiguos que se habían considerado como apócrifos, la mejor clarificación de la geocronología de Norteamérica, el conocimiento más exacto del desarrollo cultural del Asia oriental, el predominio de métodos de estudio de carácter auténticamente histórico-cultural, y el descubrimiento y aplicación de nuevos medios auxiliares para la determina-

ción de la cronología absoluta, sobre todo el método radiocarbónico" (p. 162). No obstante, debe reconocerse que "la investigación de la prehistoria americana se halla aún poco menos que en pañales, en lo que a las grandes relaciones se refiere" (p. 163).

El texto comentado se divide en cuatro partes. La primera, Introducción, contiene párrafos dedicados a la historia de la investigación, a las bases geológicas, a las razas, lenguas y culturas. (Aquí como en las partes que siguen, cada apartado contiene al comienzo la correspondiente bibliografía). Siguiendo en lo fundamental a von Eickstedt e Imbelloni, reconoce tres grandes grupos humanos naturales (que corresponden a períodos sucesivos de inmigración): el antiguo (fuéguidos, plánidos y pámpidos, láguídos, apalácidos y sonóridos), el medio, portador de las mayores componentes mongólicas (puéblidos, istmidos, ándidos y amazónidos), y el reciente (pacífidos y esquímidos). Las culturas, según los resultados de la investigación etnológica, pueden ser distribuidas en seis formas principales: cazadores inferiores, cazadores superiores o de las estepas, cazadores-pescadores, cazadores-plantadores o plantadores antiguos, plantadores u horticultores recientes, y las Altas culturas. Su relación con los grandes complejos identificados por la arqueología, que se manifiesta en la correspondencia de los cazadores inferiores con el Protolítico, de los cazadores superiores y cazadores-plantadores con el Miolítico y de los plantadores recientes con el Neolítico temprano, no revela "un casual paralelismo con el Viejo Mundo, o uno derivado de alguna ley natural, sino que se trata de verdaderas vinculaciones histórico-genéticas" (p. 169). "Existe, por lo demás, un hecho negativo de gran importancia. De las formas de vida fundamentales del Viejo Mundo, una —la de los Pastores nómadas— nunca llegó a América, o a lo sumo ya incluida dentro de las Altas culturas; de ahí que América no conociera el 'efecto explosivo' en la evolución cultural que caracterizó su presencia en Eurasia. Ello, junto con algunas predisposiciones naturales, explica a su vez el carácter conservativo del desarrollo cultural paleoamericano, constituyendo en general la mayor diferencia entre la historia primitiva de los dos hemisferios" (ibid.).

La segunda parte, Protolítico y Epiprotolítico, sigue las líneas de su artículo sobre el tema en "Acta Praehistorica", I. El auténtico Protolítico está representado por los hallazgos de las cuevas del Shasta, de Tule Springs y de San Diego en el oeste de los EEUU. En el resto del continente se lo halló, atrasado, en las culturas de Ciboney (Cuba y Haití) Alliança (Brasil), Ongamira, Tandil y Río Gallegos (Argentina), conservándose —no sin influencias y modificaciones— hasta la Conquista en algunas zonas como en los canales magallánicos y en California meridional. La base de todos estos grupos es el complejo atípico eurasiático llamado por Menghin *cultura protolítica del Hueso*, único que parece haber llegado a América (p. 169).

La tercera parte, dedicada al Miolítico y Epimiolítico (=Paleolítico Superior y Mesolítico), describe, tras unas consideraciones generales, las culturas de este carácter que se integran en tres grandes grupos: el de las láminas y puntas foliáceas, el de las hachas de mano y las azuelas, y el de las culturas subárticas y árticas. Para cada acápite se mencionan los problemas del respectivo origen y desarrollo. Interesante es comprobar que, contrariamente al Viejo Mundo, predomina en el Nuevo la punta de proyectil foliácea, presentando también mayor variedad de formas. Estas van desde las bien conocidas de Sandia (último Inter-

stadial), Clovis, Folsom, Plainview y Portales, hasta las de Los Toldos, Ayampitín y Jacobacci en la Argentina, prolongándose en la cultura Patagónica o Tehuelchense. Otras ramas epipaleolíticas son las de Guilford, Savannah-river y Pickwick en EEUU, y la Subpatagónica del Uruguay y la de Entre Ríos (Chaná), así como las fases llamada por Menghin de Taltal (la *shell-hook culture* de Bird) y de Quiani en la costa norte de Chile, la primera mezclada con residuos de una rama del hacha de mano. El *casapedrense* del temprano postglacial patagónico es, en cambio, uno de los raros grupos con predominio de láminas. El segundo gran grupo miolítico —surgido en el Viejo Mundo como una evolución interna de la cultura protolítica del hacha de mano—, caracterizado por un arcaico cultivo de tubérculos y otros frutos tropicales, pasó a fines del Pleistoceno a América desde el Asia Meridional, tal vez por el Estrecho de Behring, pero sin descartarse la posibilidad de su llegada a través del Pacífico (p. 80). Sus portadores parecen ser en general de raza lúgida. Citanse las culturas fini o postglaciales de Trenton, Blacks Fork, Los Encinos y Ozark en EEUU, Campeche en Yucatán, del Alto Paraná y de Claromecó en la Argentina, cuya influencia se hace sentir en el Postglacial medio en la costa brasileña y patagónica por un lado, y en el altiplano boliviano y norte de Chile (Viscachani, Taltal), por otro. Culturas de la azuela —apenas identificadas hasta ahora— son la de Cochise en Nuevo México y Arizona (a cuya segunda fase, hacia 2000 a. J.C., corresponden los más antiguos hallazgos americanos de maíz en la Bat Cave [Cueva de los Murciélagos], lo que revela el comienzo de influencias meridionales neolíticas dentro de este complejo), de Chalco en el Valle de México, y la de Huaca Prieta en la costa norte del Perú, que no es según Menghin un "período agrícola incipiente" o un "neolítico precerámico", sino una fase reciente de una cultura plantadora epimiolítica, con una notable cantidad de plantas cultivadas, incluso el algodón.

En la ojeada que dedica el autor a las culturas subárticas y árticas, su importancia cultural (generalmente algo descuidada) es puesta correctamente de relieve. Su origen se halla en una rama algo tardía del miolítico noreurasiático, raíz de las culturas de "cazadores-pescadores" (o "cazadores-domesticadores"), que alcanzaron luego carácter paraneolítico. Fuera de su dominio americano septentrional, debe admitirse la migración de pequeñas hordas de inmigrantes subárticos hasta Sudamérica, como lo sugiere la dispersión del arpón óseo de una barba con base escutiforme (pp. 183-184). Ésta sería, acotamos nosotros, la "corriente de población mesolítica" de Canals Frau, o al menos parte de la misma. Entre las culturas subárticas se mencionan: Pointed Mountain (Canadá noroccidental, postglacial medio), Cap Denbigh (Alaska occidental), Lamoka (zona de los Grandes Lagos); la cultura Laurentina o del río San Lorenzo, en la que posteriormente aparece cerámica enraizada en el norte de Asia; y la llamada "antigua cultura del Cobre", que es, como dice el autor, "una de las más notables apariciones de la prehistoria norteamericana. Los ricos yacimientos de cobre de Michigan superior fueron explotados ya en el tercer milenio a. J.C. Gran cantidad de formas, primero instrumentos y luego también adornos, fueron confeccionados por martilleo en frío. Parece tratarse de una creación autóctona, independiente de la metalurgia del Viejo Mundo" (p. 185). De tipo paraneolítico, posteriores a 1000 a. J.C., son las culturas de Glacial-Kamek (Michigan), y la de los túmulos funerarios representativos de animales de Wisconsin y zonas vecinas. Los portadores de estos grupos orientales son los antepasados de los algon-

quinos. Las culturas árticas o esquimoides tienen su raíz probablemente en Siberia septentrional; su unidad más antigua es la de Cap Dorset (costa S.O. de la isla Baffin), que se extiende hasta Terranova y Groenlandia occidental y se remonta al segundo milenio a. J.C. Otro grupo es la cultura esquimal del Pacífico (en las Aleutianas y Alaska meridional); en cuanto a las poblaciones que suelen llamarse "indios del N.O." (Columbia Británica), constituyen una rama ártica con muchas influencias asiático-septentrionales y japonesas comenzadas a llegar en el primer milenio antes de nuestra Era (p. 187). Ramas más modernas son las culturas de Ipiutak y la del Estrecho de Behring antigua, y finalmente las de Punuk y de Thule, enraizadas en la anterior.

La cuarta parte, Neolítico y Calcolítico, es también la más extensa. "La neolitización de América, lo mismo que la de Europa, es un proceso complicado, que no puede simplemente identificarse con la aparición de la agricultura y de la cerámica": existió, por un lado, una agricultura primitiva probablemente de base neolítica, y por otro, la cerámica llegó a América por dos caminos: uno a través del estrecho de Behring, vinculada con las culturas árticas y subárticas tardías, y otro, a través del Océano Pacífico (p. 188). Lo último se remonta al segundo milenio, y tal vez al tercero a. J.C. Algunos elementos pudieron penetrar en América por ambas vías (el hacha cilíndrica, el arco, el peine, el perro) (p. 189). El foco asiático en donde hay que buscar el origen del Neolítico centro-sudamericano es el *círculo plantador tropical reciente*, con centro en la India y Asia sudoriental y posteriormente Oceanía occidental. Con las inmigraciones neolíticas comenzó también el proceso de *mongolización* de la población americana.

Por haber recibido Sud y Centroamérica el "impacto" neolítico en forma directa, y tener en cambio el neolítico norteamericano carácter secundario o derivado, ese es también el orden en que se efectúa el estudio. En forma teórica se admite la probable entrada de dichas influencias por las costas centroamericanas y colombianas. La más antigua fase de los "plantadores recientes" conocía ya el maíz; empero, Menghin considera dudosa su importación del S.E. de Asia, como se ha pretendido recientemente, por falta de pruebas suficientes (p. 190). En la misma zona —pero sólo en su faja occidental, desde México hasta el centro de Chile— se desarrollan desde fines del segundo milenio las Altas Culturas, asimismo por impulsos llegados desde el sudeste de Asia y China. También la metalurgia tiene directo origen asiático, como lo ha demostrado Heine Geldern, y desde unos 400 a. J.C. puede hablarse de un calcolítico andino con inclusión posterior del bronce; pero —otra interesante característica americana— "nunca se llegó aquí a una verdadera Edad del Bronce con rechazo del uso de la piedra para la confección de instrumentos" (p. 191). Fuera de las aún poco conocidas culturas paleoneolíticas —la de Guañape y Supe en la costa peruana (con maíz, la más antigua llama, la más antigua construcción ceremonial de adobe, y cerámica en su fase tardía), la paleoaraucana de Chile y la del delta del Amazonas— existen tres grandes grupos más recientes que registran una mayor o menor cantidad de influencias de las Altas Culturas; trátase de las culturas Amazónicas, las de las Antillas, y las Subandinas. Entre las primeras se hallan las de Marajó, Santarém, Ronquín, Valencia (palafítica de Venezuela), Mamoré, Yampará en el altiplano

boliviano (*), y las de Malabrigo (chaná-timbú) y Arroyo Malo (guarani) en el área paranaense. El segundo grupo, originado desde Venezuela y la isla de Trinidad, comprende las culturas de Ignari, Subtaino (mezcla de la de Ciboney y la de los inmigrantes neolíticos) y Taino. El tercero se halla formado por las culturas bien conocidas por nosotros del N.O. argentino y las zonas vecinas de Chile y Bolivia, por lo que no las enumeramos. No habiendo aquí, al parecer, un sustrato protoneolítico, su origen hállase en lo fundamental en inmigraciones e impulsos directos desde las altas culturas peruano-bolivianas primero, desde las amazónicas después, y con una última oleada andina representada por la conquista incaica en el siglo XV. Dichas influencias se habrían superpuesto a los cazadores tardíos y diferenciados del tipo Ayampitín (p. 196). En Chile sucede a la de El Molle la *cultura de Coquimbo*, que creemos es una acertada sustitución de su nombre tradicional de "Diaguita chilena".

En cuanto al neolítico norteamericano, el mismo "surgió en lo esencial de la confrontación entre los grupos agrícolas recientes, madurados en el medio de las altas culturas mesoamericanas, y las culturas tardío-epimiolíticas de cazadores y cazadores-plantadores" (p. 200), sin olvidar las influencias llegadas a través de la zona ártica ya mencionadas. Se diferencian aquí cuatro grandes grupos, de límites externos e internos muy cambiantes dentro de su condicionamiento geográfico: las culturas de las zonas fluviales del E. y S.E., las de las zonas boscosas del N.E., las de los oasis en las zonas desérticas del S.O., y las de las praderas en el Centro-oeste. El primer grupo registra fuertes influencias mesoamericanas y/o antillanas, llegadas desde comienzos del primer milenio a. J.C. a la desembocadura del Mississippi. Lo integran las culturas de Tchefuncte y su sucesora la de Marksville-Troyville (Louisiana y Mississippi), y las ricas culturas de Adena y de Hopewell, más al norte, con ramas hacia el E. y S.E., la segunda caracterizada por sus grandes túmulos funerarios. Posteriormente surge la cultura de Mississippi, que corresponde a la de los túmulos o *mounds* templarios o sacrales. Las influencias mesoamericanas se intensifican, llegando esta cultura —que en algunas zonas alcanzó la Conquista europea— muy cerca del estadio urbano. El segundo de los grupos citados, de fuerte sustrato cazador, comprende las culturas de Middlesex, de Point-Peninsula, de Owasco (proto-iroquesa), y grupos mezclados como el de Oneota (sioux). En cuanto a las culturas de oasis, trátase de grupos bien estudiados cuyo comienzo no es anterior al siglo III a. J.C.: las culturas de Hohokam y de Mogollón en el sur (producto de la neolitización de la cultura de Cochise), y la Anasazi más al norte, algo más avanzada que aquéllas. Su fase inicial (hasta 700) es la de los *Basketmaker*; le sigue la de los Pueblos que dura prácticamente hasta la actualidad en algunos de sus grandes poblados. Finalmente, pertenecen a las culturas de las praderas varios grupos más o menos mezclados y recientes, como los de Sterns-Creek, Upper Republican y Nebraska, y del Missouri medio. Su última etapa (siglo XVIII y XIX) se halla, como entre los indios de las Pampas, bajo el signo del caballo; se convirtieron así, junto con otros, en los clásicos indios del Far West americano.

(*) Hoy día conocemos una cultura agrícola más antigua en la región de Oruro y Cochabamba, llamada por su descubridor Ibarra Grasso "cultura de los Túmulos", con elementos muy interesantes y curiosos. Véase el próximo tomo XIV de estos Anales.

La obra reseñada incluye (p. 214-218) siete tablas cronológico-culturales de gran utilidad, y cinco mapas fuera de texto. Es lástima que la editorial haya incurrido en un error en la adecuación al definitivamente adoptado sistema de identificación de los acápites empleados por el autor, lo cual dificulta en algunos casos la localización bibliográfica.

Los libros que integran la síntesis de la Historia universal de Oldenbourg carecen de ilustraciones. Las echamos ciertamente de menos en la obra de Menghin, pero pensamos que han de integrar la traducción castellana que, puesta al día, debería hacerse cuanto antes de este sobresaliente panorama de la prehistoria de América.

JUAN SCHOBINGER